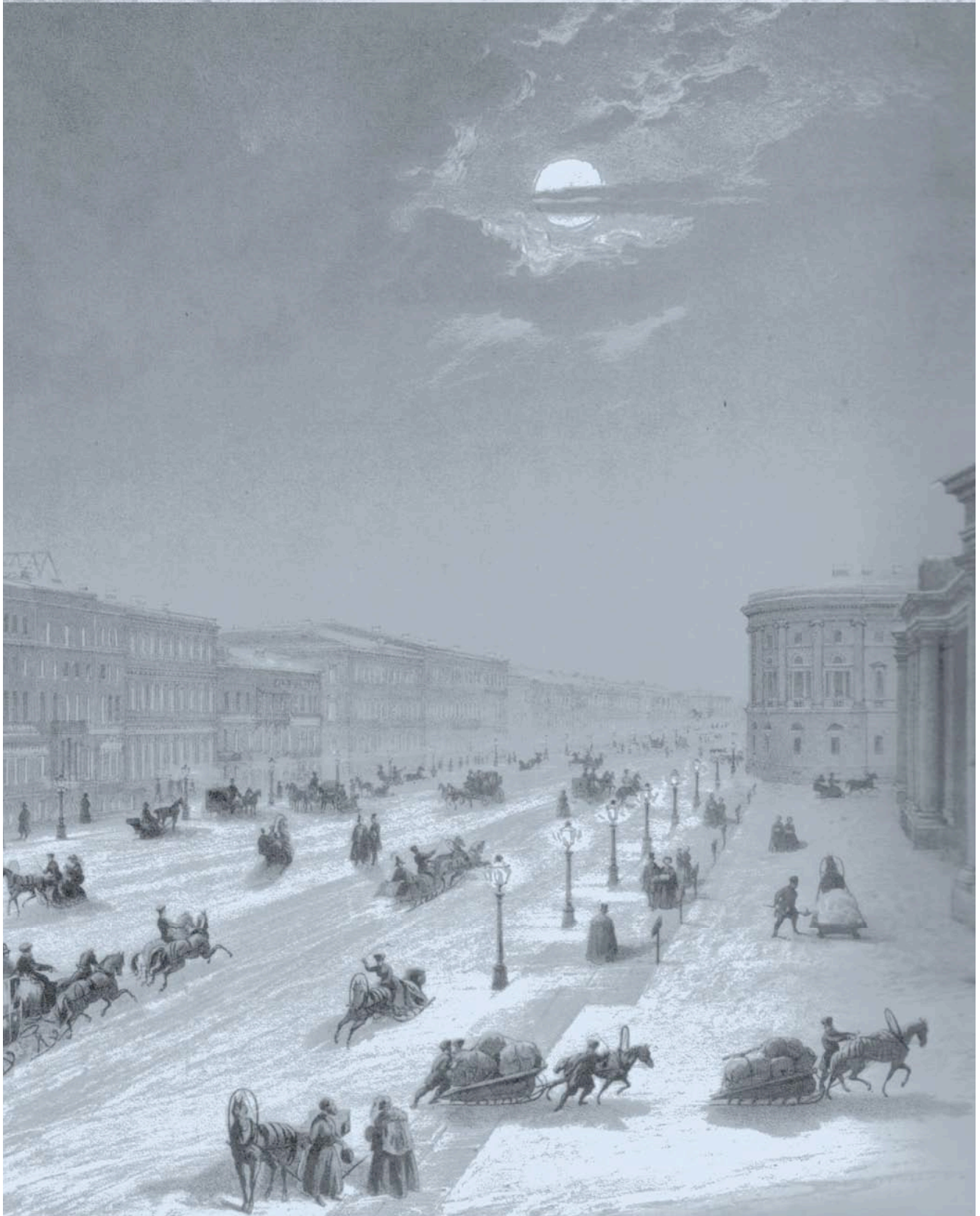


Sofia
Kovalevskaia *Una nihilista*



Maldoror ediciones



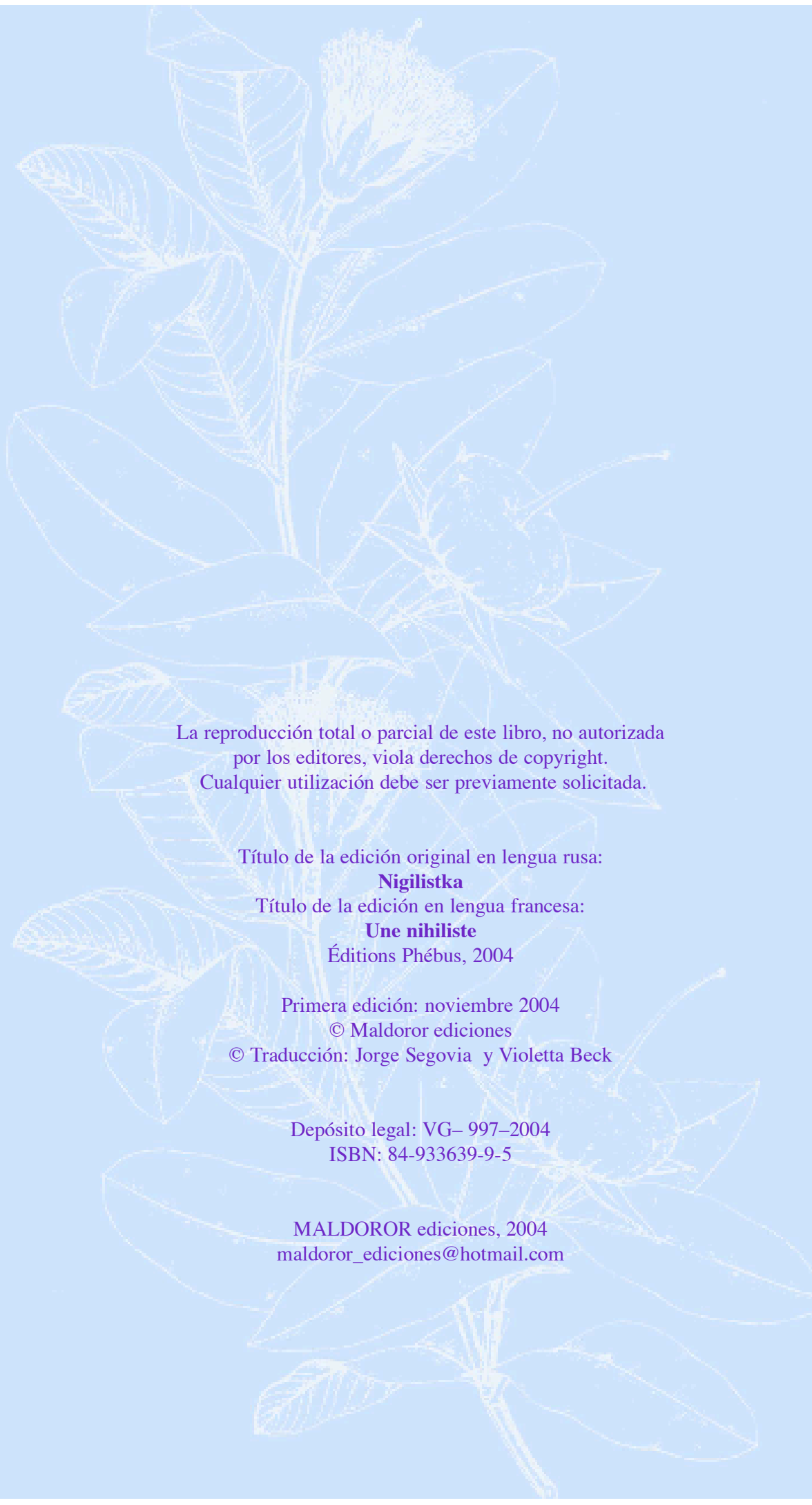


SOFIA KOVALEVSKAIA

Una nihilista

**Traducción:
Jorge SEGOVIA y Violetta BECK**

MALDOROR ediciones



La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original en lengua rusa:

Nigilistka

Título de la edición en lengua francesa:

Une nihiliste

Éditions Phébus, 2004

Primera edición: noviembre 2004

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG- 997-2004

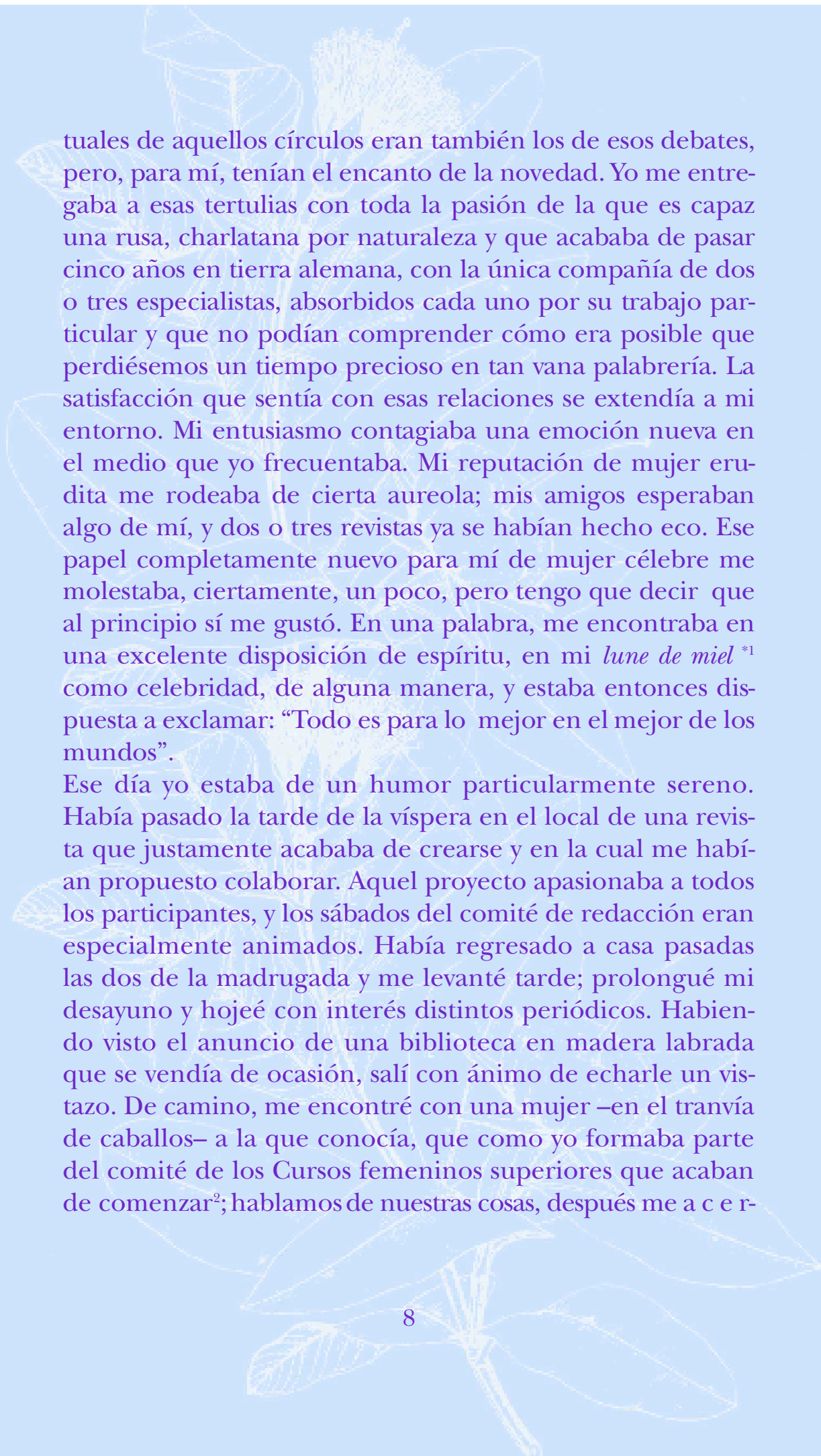
ISBN: 84-933639-9-5

MALDOROR ediciones, 2004
maldoror_ediciones@hotmail.com

A detailed botanical line drawing of a plant branch. The branch features several large, ovate leaves with prominent pinnate venation and pointed tips. At the top of the branch is a large, terminal, branched inflorescence (panicle) composed of numerous small flowers. The drawing is rendered in a fine-line style, showing the intricate details of the leaf veins and the structure of the inflorescence.

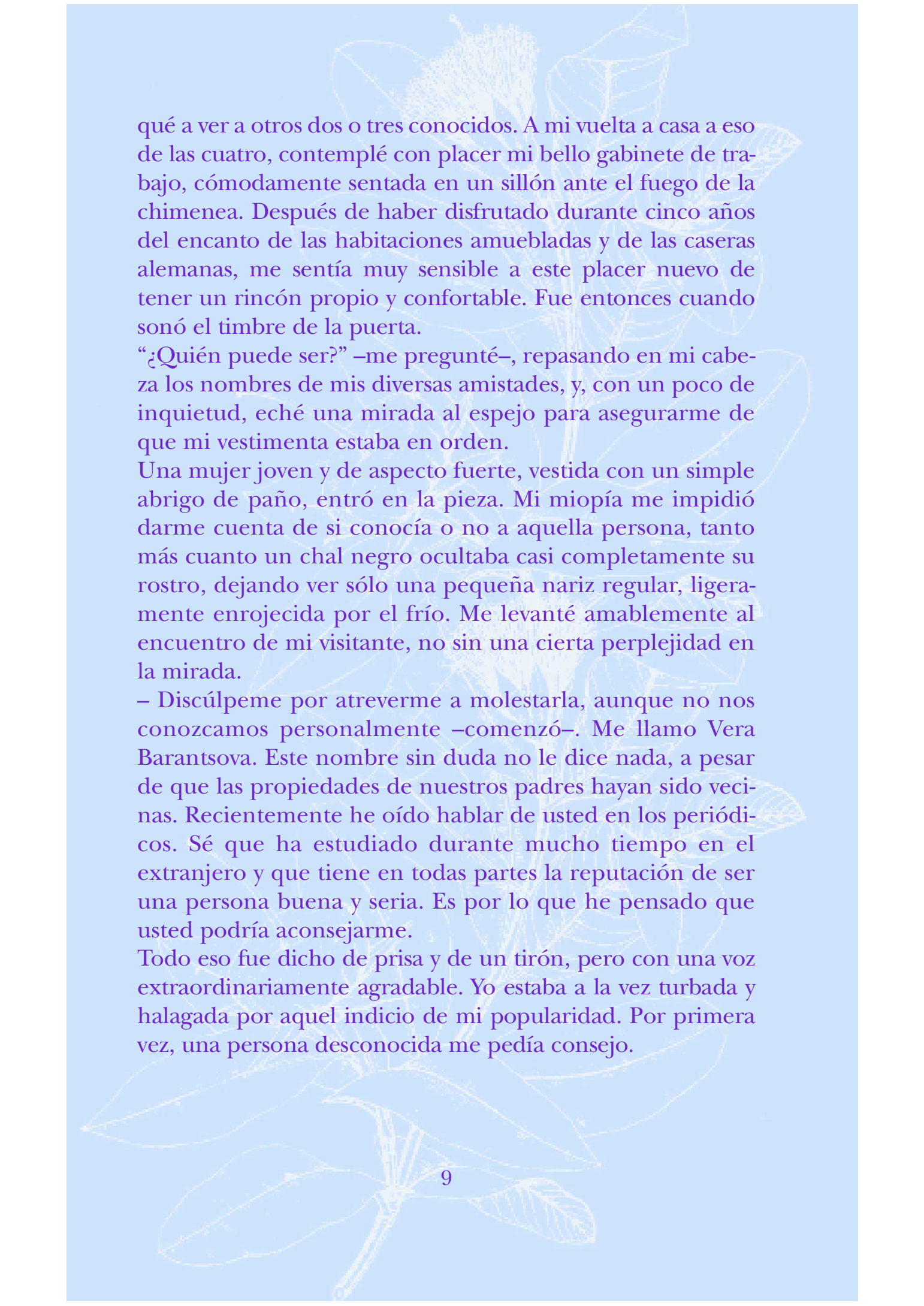
Una nihilista

Yo tenía veintidós años cuando vine a vivir a Petersburgo. Hacía cerca de tres meses que había terminado mis estudios en una universidad extranjera y, con mi doctorado bajo el brazo, había regresado a Rusia. Después de haber vivido cinco años casi como una ermitaña en una pequeña ciudad universitaria, la vida petersburguesa comenzó a seducirme muy pronto y no tardó en sumirme en una especie de embriaguez. Olvidando por un tiempo aquellos temas que tenían que ver con las funciones analíticas, el espacio o las cuatro dimensiones, que poco antes constituían todo mi universo, me arrojé en cuerpo y alma sobre nuevos centros de interés: hacía conocidos a derecha e izquierda, intentando frecuentar los círculos más variados, observaba con una ávida curiosidad todas las manifestaciones de aquel complejo pandemonium, tan vano en el fondo pero tan atractivo a primera vista, que se llamaba la vida petersburguesa. Por esa época, todo me interesaba y me gustaba. Encontraba diversión tanto en el teatro como en las veladas de beneficencia, o en las interminables discusiones de los círculos literarios sobre toda clase de temas abstractos, que —y eso era lo más frecuente— no conducían a nada. Los habi-



tuales de aquellos círculos eran también los de esos debates, pero, para mí, tenían el encanto de la novedad. Yo me entregaba a esas tertulias con toda la pasión de la que es capaz una rusa, charlatana por naturaleza y que acababa de pasar cinco años en tierra alemana, con la única compañía de dos o tres especialistas, absorbidos cada uno por su trabajo particular y que no podían comprender cómo era posible que perdiésemos un tiempo precioso en tan vana palabrería. La satisfacción que sentía con esas relaciones se extendía a mi entorno. Mi entusiasmo contagiaba una emoción nueva en el medio que yo frecuentaba. Mi reputación de mujer erudita me rodeaba de cierta aureola; mis amigos esperaban algo de mí, y dos o tres revistas ya se habían hecho eco. Ese papel completamente nuevo para mí de mujer célebre me molestaba, ciertamente, un poco, pero tengo que decir que al principio sí me gustó. En una palabra, me encontraba en una excelente disposición de espíritu, en mi *lune de miel* ^{*1} como celebridad, de alguna manera, y estaba entonces dispuesta a exclamar: “Todo es para lo mejor en el mejor de los mundos”.

Ese día yo estaba de un humor particularmente sereno. Había pasado la tarde de la víspera en el local de una revista que justamente acababa de crearse y en la cual me habían propuesto colaborar. Aquel proyecto apasionaba a todos los participantes, y los sábados del comité de redacción eran especialmente animados. Había regresado a casa pasadas las dos de la madrugada y me levanté tarde; prolongué mi desayuno y hojeé con interés distintos periódicos. Habiendo visto el anuncio de una biblioteca en madera labrada que se vendía de ocasión, salí con ánimo de echarle un vistazo. De camino, me encontré con una mujer –en el tranvía de caballos– a la que conocía, que como yo formaba parte del comité de los Cursos femeninos superiores que acaban de comenzar²; hablamos de nuestras cosas, después me a c e r-



qué a ver a otros dos o tres conocidos. A mi vuelta a casa a eso de las cuatro, contemplé con placer mi bello gabinete de trabajo, cómodamente sentada en un sillón ante el fuego de la chimenea. Después de haber disfrutado durante cinco años del encanto de las habitaciones amuebladas y de las caseras alemanas, me sentía muy sensible a este placer nuevo de tener un rincón propio y confortable. Fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta.

“¿Quién puede ser?” –me pregunté–, repasando en mi cabeza los nombres de mis diversas amistades, y, con un poco de inquietud, eché una mirada al espejo para asegurarme de que mi vestimenta estaba en orden.

Una mujer joven y de aspecto fuerte, vestida con un simple abrigo de paño, entró en la pieza. Mi miopía me impidió darme cuenta de si conocía o no a aquella persona, tanto más cuanto un chal negro ocultaba casi completamente su rostro, dejando ver sólo una pequeña nariz regular, ligeramente enrojecida por el frío. Me levanté amablemente al encuentro de mi visitante, no sin una cierta perplejidad en la mirada.

– Discúlpeme por atreverme a molestarla, aunque no nos conozcamos personalmente –comenzó–. Me llamo Vera Barantsova. Este nombre sin duda no le dice nada, a pesar de que las propiedades de nuestros padres hayan sido vecinas. Recientemente he oído hablar de usted en los periódicos. Sé que ha estudiado durante mucho tiempo en el extranjero y que tiene en todas partes la reputación de ser una persona buena y seria. Es por lo que he pensado que usted podría aconsejarme.

Todo eso fue dicho de prisa y de un tirón, pero con una voz extraordinariamente agradable. Yo estaba a la vez turbada y halagada por aquel indicio de mi popularidad. Por primera vez, una persona desconocida me pedía consejo.

– Ah, ¡encantada! Siéntese, se lo ruego. Quítese el abrigo
– susurré con amabilidad, pero muy turbada.

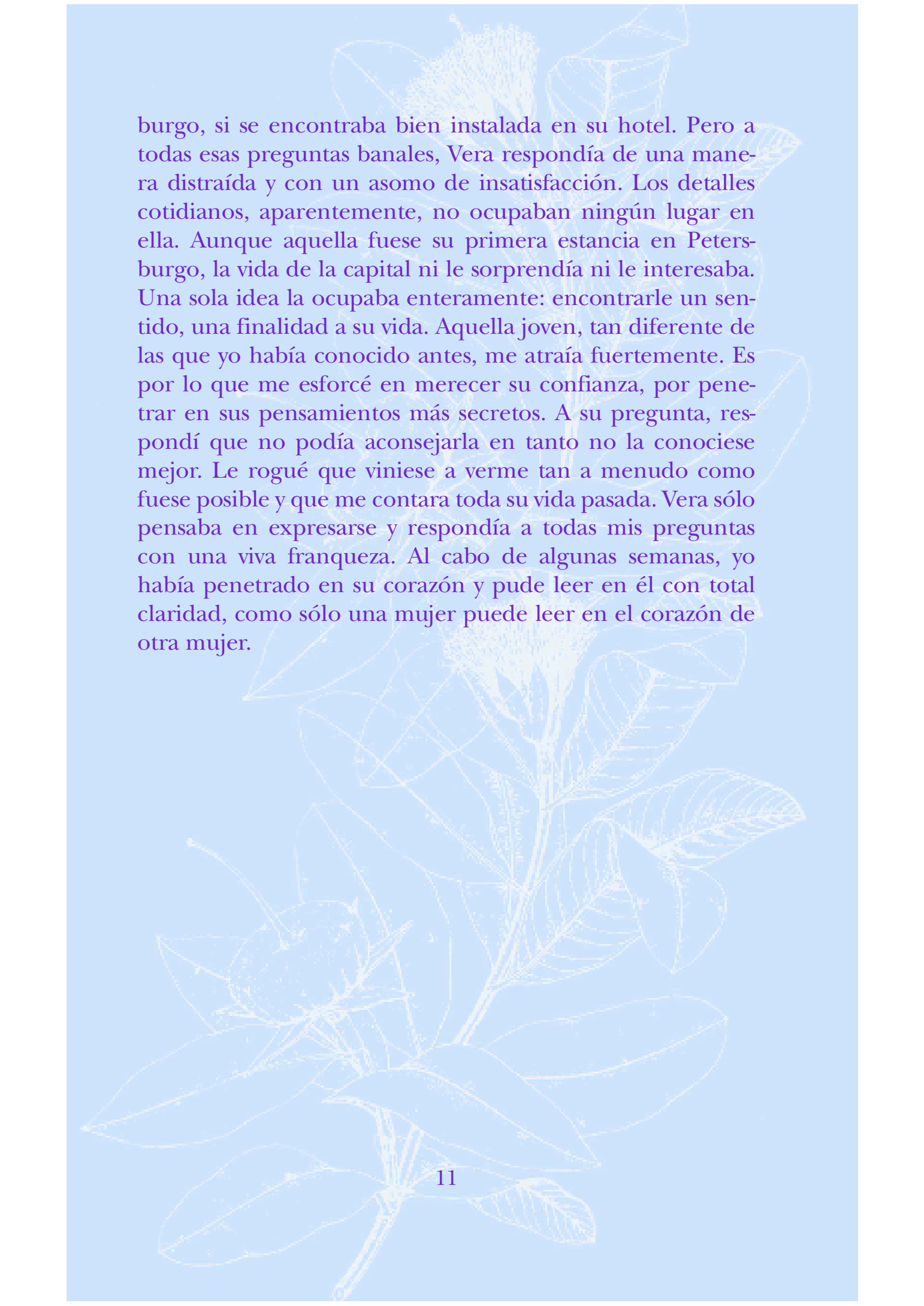
Vera se quitó el chal negro. Me sorprendió ver una auténtica belleza.

– Estoy sola en el mundo y no dependo de nadie. Mi vida personal está acabada. No espero ni quiero nada para mí misma. Pero mi deseo apasionado, ardiente, es ser útil a la “causa”. Dígame, enséñeme qué puedo hacer –soltó de golpe Vera sin preámbulos, yendo derecha al objetivo de su visita.

De parte de cualquier otra persona, esa extraña e inesperada entrada en materia hubiese podido sorprender desagradablemente, pareciendo querer producir un efecto, pero Vera hablaba de un modo tan natural, se percibía en su voz un acento tan sincero, emocionado e implorante, que ni siquiera pensé en manifestar asombro.

Aquella joven esbelta de semblante pálido y terso, de soñadores ojos de azul oscuro, se me hizo de repente extraordinariamente próxima y simpática. Yo sólo tenía un temor, el de no justificar su confianza, el de no saber responder como era necesario a su petición, el de no poder darle ningún consejo útil. Y los últimos tres o cuatro meses de mi propia vida me parecieron súbitamente vacíos y fútiles; todos los intereses que llenaban mi existencia perdieron su significación y sentido. Un súbito remordimiento hurgó en mi corazón. “¿Qué puedo decirle? ¿Cómo ayudarla?”

No sabiendo por donde comenzar, invité a Vera a sentarse y serví el té. En Rusia, no podría mantenerse una franca conversación sin el samovar. Lo que me sorprendió en Vera desde el primer momento, fue su absoluta indiferencia al mundo exterior. Recordaba a esos videntes cuya visión está tan impregnada por la presencia del objeto que sólo ellos perciben que es incapaz de acoger otras impresiones. Le pregunté si hacía mucho tiempo que estaba en Peters-

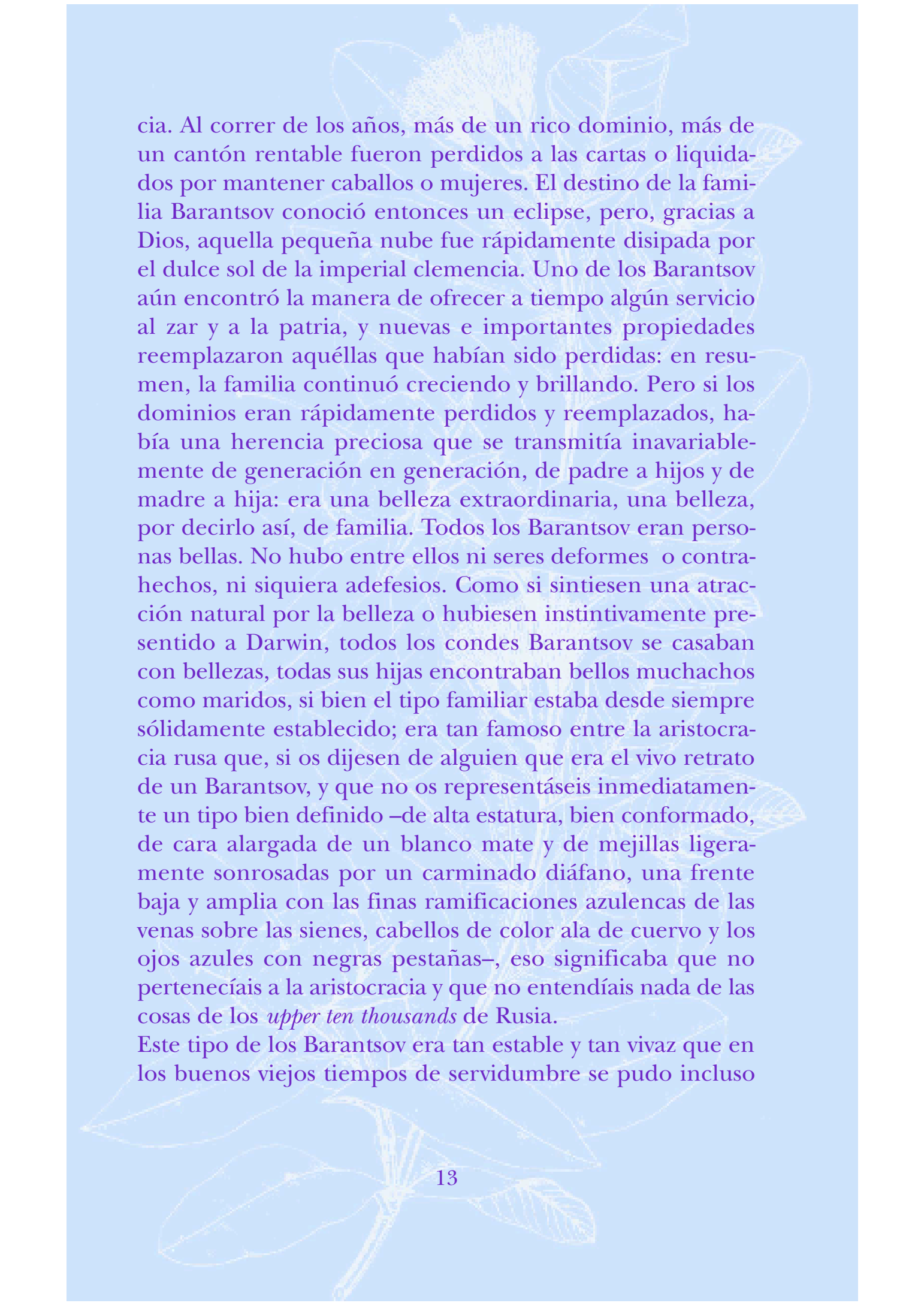


burgo, si se encontraba bien instalada en su hotel. Pero a todas esas preguntas banales, Vera respondía de una manera distraída y con un asomo de insatisfacción. Los detalles cotidianos, aparentemente, no ocupaban ningún lugar en ella. Aunque aquella fuese su primera estancia en Petersburgo, la vida de la capital ni le sorprendía ni le interesaba. Una sola idea la ocupaba enteramente: encontrarle un sentido, una finalidad a su vida. Aquella joven, tan diferente de las que yo había conocido antes, me atraía fuertemente. Es por lo que me esforcé en merecer su confianza, por penetrar en sus pensamientos más secretos. A su pregunta, respondí que no podía aconsejarla en tanto no la conociese mejor. Le rogué que viniese a verme tan a menudo como fuese posible y que me contara toda su vida pasada. Vera sólo pensaba en expresarse y respondía a todas mis preguntas con una viva franqueza. Al cabo de algunas semanas, yo había penetrado en su corazón y pude leer en él con total claridad, como sólo una mujer puede leer en el corazón de otra mujer.

La familia de los príncipes Barantsov era distinguida, noble, aún sin pertenecer a un linaje muy antiguo. Su árbol genealógico oficial llega, es verdad, casi hasta los Riourik, pero podemos dudar de la realidad de esa filiación; la única certeza es que un cierto Ivachka Barantsov fue soldado en una compañía de Su Majestad la emperatriz Catalina II, que era fuerte y de buena planta, lleno de salud, y que supo hacerse valer de tal manera ante su pequeña madre la Emperatriz que, por sus buenos y leales servicios, fue directamente promovido suboficial y gratificado con un dominio de quinientos campesinos varones y mil rublos –el dinero valía entonces más que los campesinos. Fue a partir de esa época cuando la familia de los Barantsov comenzó a prosperar. El título de conde le fue otorgado por Alejandro I, en cuya corte la bella condesa Barantsova desempeñó en algún momento un destacado papel.

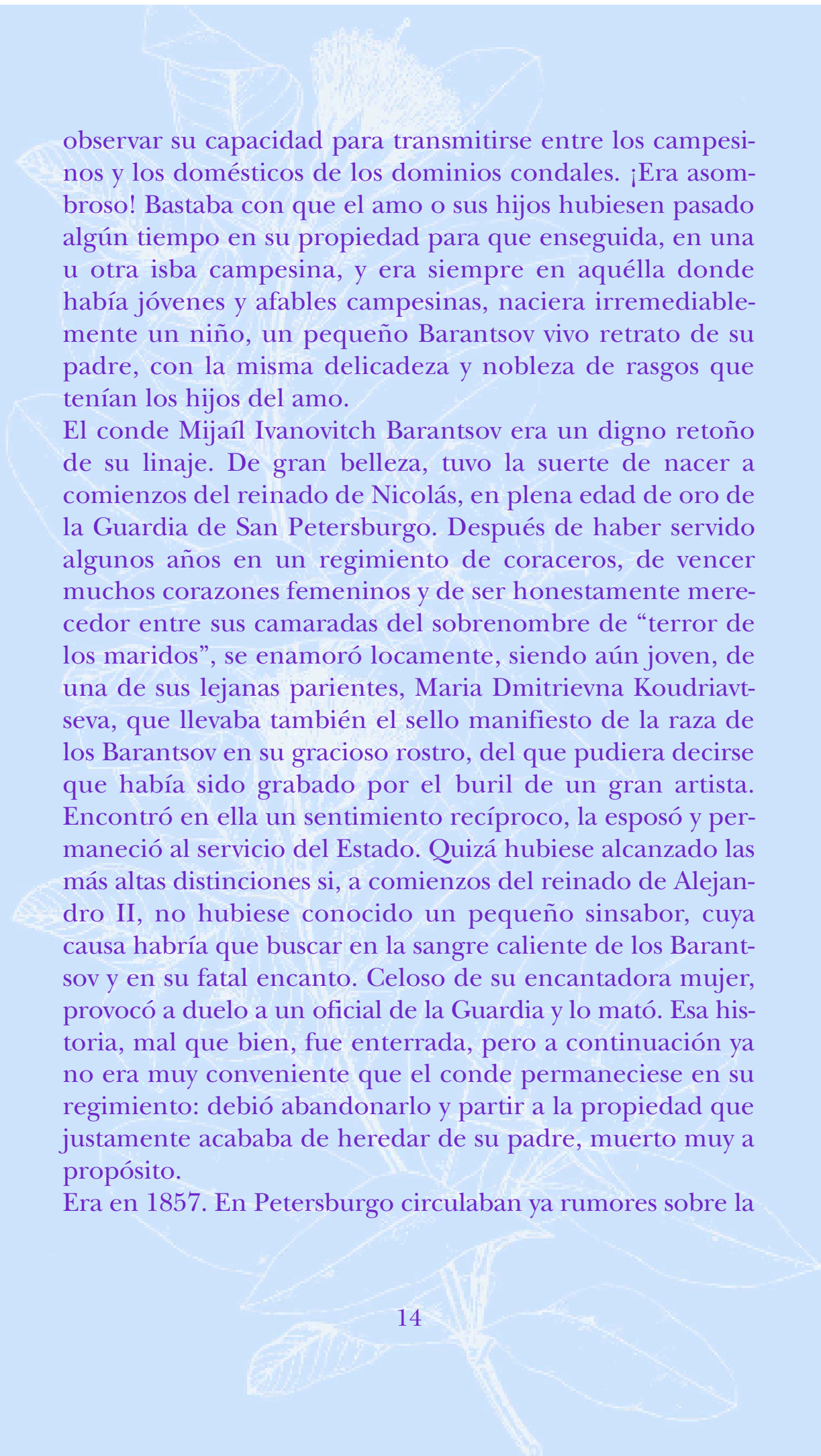
Sin embargo, la crónica familiar sólo contiene, durante los últimos cien años, éxitos; aunque también hubo reveses de fortuna.

Todos los Barantsov se ilustran por los deseos ardientes y desenfrenados, que los llevaron más de una vez a la desgra-



cia. Al correr de los años, más de un rico dominio, más de un cantón rentable fueron perdidos a las cartas o liquidados por mantener caballos o mujeres. El destino de la familia Barantsov conoció entonces un eclipse, pero, gracias a Dios, aquella pequeña nube fue rápidamente disipada por el dulce sol de la imperial clemencia. Uno de los Barantsov aún encontró la manera de ofrecer a tiempo algún servicio al zar y a la patria, y nuevas e importantes propiedades reemplazaron aquéllas que habían sido perdidas: en resumen, la familia continuó creciendo y brillando. Pero si los dominios eran rápidamente perdidos y reemplazados, había una herencia preciosa que se transmitía invariablemente de generación en generación, de padre a hijos y de madre a hija: era una belleza extraordinaria, una belleza, por decirlo así, de familia. Todos los Barantsov eran personas bellas. No hubo entre ellos ni seres deformes o contrahechos, ni siquiera adefesios. Como si sintiesen una atracción natural por la belleza o hubiesen instintivamente sentido a Darwin, todos los condes Barantsov se casaban con bellezas, todas sus hijas encontraban bellos muchachos como maridos, si bien el tipo familiar estaba desde siempre sólidamente establecido; era tan famoso entre la aristocracia rusa que, si os dijeseis de alguien que era el vivo retrato de un Barantsov, y que no os representáseis inmediatamente un tipo bien definido –de alta estatura, bien conformado, de cara alargada de un blanco mate y de mejillas ligeramente sonrosadas por un carminado diáfano, una frente baja y amplia con las finas ramificaciones azulencas de las venas sobre las sienes, cabellos de color ala de cuervo y los ojos azules con negras pestañas–, eso significaba que no pertenecíais a la aristocracia y que no entendíais nada de las cosas de los *upper ten thousands* de Rusia.

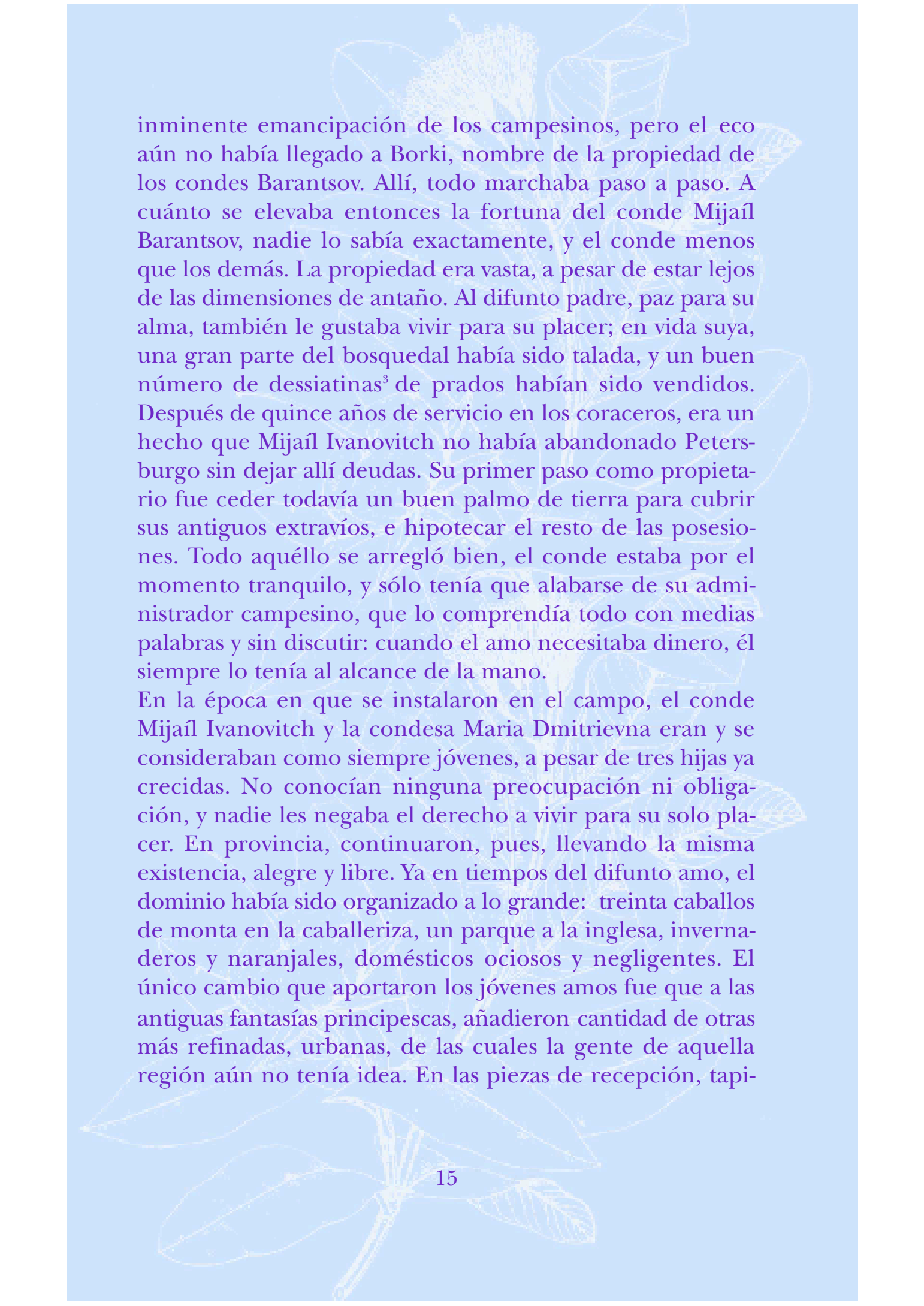
Este tipo de los Barantsov era tan estable y tan vivaz que en los buenos viejos tiempos de servidumbre se pudo incluso



observar su capacidad para transmitirse entre los campesinos y los domésticos de los dominios condales. ¡Era asombroso! Bastaba con que el amo o sus hijos hubiesen pasado algún tiempo en su propiedad para que enseguida, en una u otra isba campesina, y era siempre en aquélla donde había jóvenes y afables campesinas, naciera irremediablemente un niño, un pequeño Barantsov vivo retrato de su padre, con la misma delicadeza y nobleza de rasgos que tenían los hijos del amo.

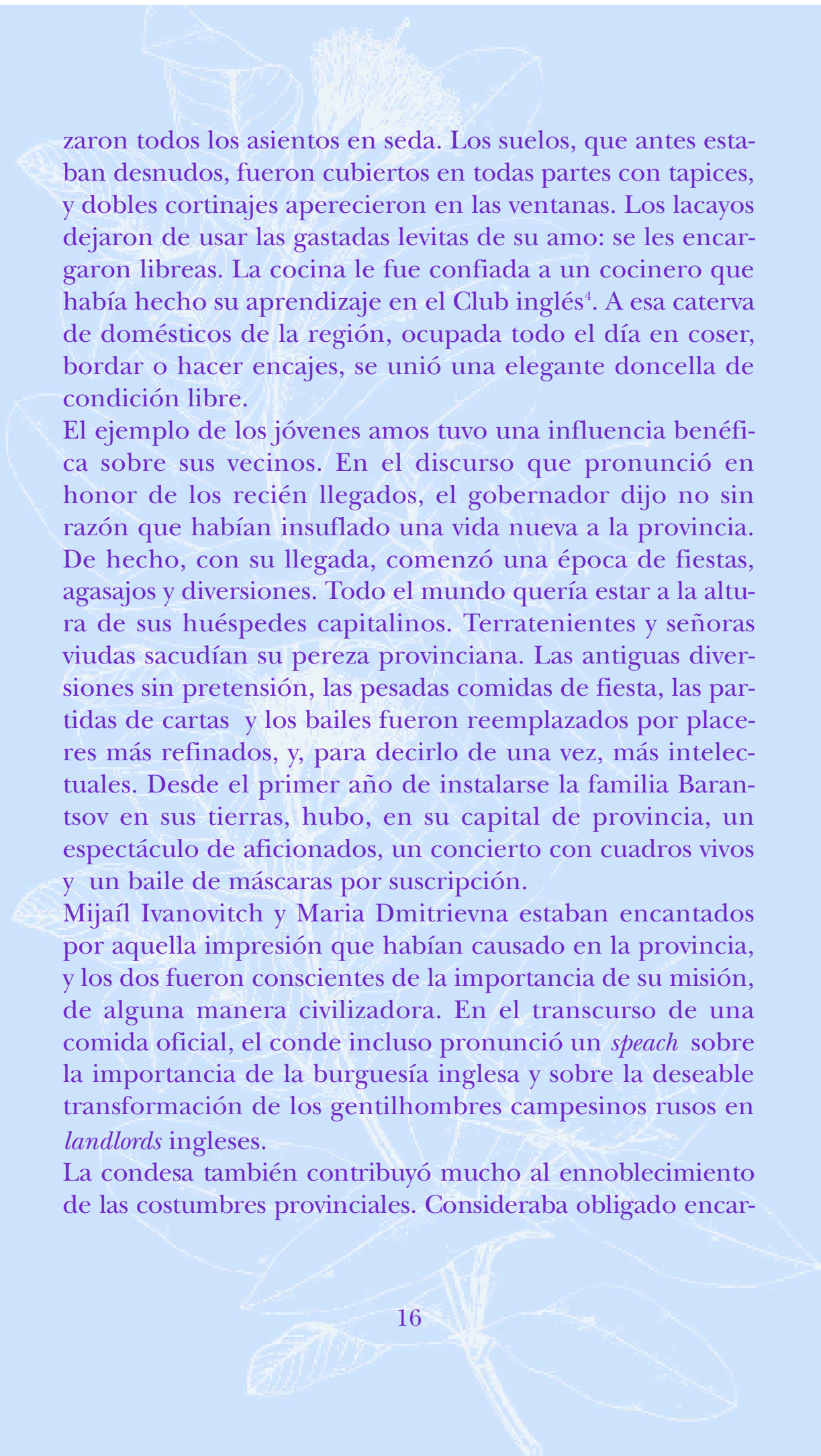
El conde Mijaíl Ivanovitch Barantsov era un digno retoño de su linaje. De gran belleza, tuvo la suerte de nacer a comienzos del reinado de Nicolás, en plena edad de oro de la Guardia de San Petersburgo. Después de haber servido algunos años en un regimiento de coraceros, de vencer muchos corazones femeninos y de ser honestamente merecedor entre sus camaradas del sobrenombre de “terror de los maridos”, se enamoró locamente, siendo aún joven, de una de sus lejanas parientes, Maria Dmitrievna Koudriavtseva, que llevaba también el sello manifiesto de la raza de los Barantsov en su gracioso rostro, del que pudiera decirse que había sido grabado por el buril de un gran artista. Encontró en ella un sentimiento recíproco, la esposó y permaneció al servicio del Estado. Quizá hubiese alcanzado las más altas distinciones si, a comienzos del reinado de Alejandro II, no hubiese conocido un pequeño sinsabor, cuya causa habría que buscar en la sangre caliente de los Barantsov y en su fatal encanto. Celoso de su encantadora mujer, provocó a duelo a un oficial de la Guardia y lo mató. Esa historia, mal que bien, fue enterrada, pero a continuación ya no era muy conveniente que el conde permaneciese en su regimiento: debió abandonarlo y partir a la propiedad que justamente acababa de heredar de su padre, muerto muy a propósito.

Era en 1857. En Petersburgo circulaban ya rumores sobre la



inminente emancipación de los campesinos, pero el eco aún no había llegado a Borki, nombre de la propiedad de los condes Barantsov. Allí, todo marchaba paso a paso. A cuánto se elevaba entonces la fortuna del conde Mijaíl Barantsov, nadie lo sabía exactamente, y el conde menos que los demás. La propiedad era vasta, a pesar de estar lejos de las dimensiones de antaño. Al difunto padre, paz para su alma, también le gustaba vivir para su placer; en vida suya, una gran parte del bosquedal había sido talada, y un buen número de dessiatinas³ de prados habían sido vendidos. Después de quince años de servicio en los coraceros, era un hecho que Mijaíl Ivanovitch no había abandonado Petersburgo sin dejar allí deudas. Su primer paso como propietario fue ceder todavía un buen palmo de tierra para cubrir sus antiguos extravíos, e hipotecar el resto de las posesiones. Todo aquéllo se arregló bien, el conde estaba por el momento tranquilo, y sólo tenía que alabarse de su administrador campesino, que lo comprendía todo con medias palabras y sin discutir: cuando el amo necesitaba dinero, él siempre lo tenía al alcance de la mano.

En la época en que se instalaron en el campo, el conde Mijaíl Ivanovitch y la condesa Maria Dmitrievna eran y se consideraban como siempre jóvenes, a pesar de tres hijas ya crecidas. No conocían ninguna preocupación ni obligación, y nadie les negaba el derecho a vivir para su solo placer. En provincia, continuaron, pues, llevando la misma existencia, alegre y libre. Ya en tiempos del difunto amo, el dominio había sido organizado a lo grande: treinta caballos de monta en la caballeriza, un parque a la inglesa, invernaderos y naranjales, domésticos ociosos y negligentes. El único cambio que aportaron los jóvenes amos fue que a las antiguas fantasías principescas, añadieron cantidad de otras más refinadas, urbanas, de las cuales la gente de aquella región aún no tenía idea. En las piezas de recepción, tapi-



zaron todos los asientos en seda. Los suelos, que antes estaban desnudos, fueron cubiertos en todas partes con tapices, y dobles cortinajes aperecieron en las ventanas. Los lacayos dejaron de usar las gastadas levitas de su amo: se les encargaron libreas. La cocina le fue confiada a un cocinero que había hecho su aprendizaje en el Club inglés⁴. A esa caterva de domésticos de la región, ocupada todo el día en coser, bordar o hacer encajes, se unió una elegante doncella de condición libre.

El ejemplo de los jóvenes amos tuvo una influencia benéfica sobre sus vecinos. En el discurso que pronunció en honor de los recién llegados, el gobernador dijo no sin razón que habían insuflado una vida nueva a la provincia. De hecho, con su llegada, comenzó una época de fiestas, agasajos y diversiones. Todo el mundo quería estar a la altura de sus huéspedes capitalinos. Terratenientes y señoras viudas sacudían su pereza provinciana. Las antiguas diversiones sin pretensión, las pesadas comidas de fiesta, las partidas de cartas y los bailes fueron reemplazados por placeres más refinados, y, para decirlo de una vez, más intelectuales. Desde el primer año de instalarse la familia Barantsov en sus tierras, hubo, en su capital de provincia, un espectáculo de aficionados, un concierto con cuadros vivos y un baile de máscaras por suscripción.

Mijaíl Ivanovitch y Maria Dmitrievna estaban encantados por aquella impresión que habían causado en la provincia, y los dos fueron conscientes de la importancia de su misión, de alguna manera civilizadora. En el transcurso de una comida oficial, el conde incluso pronunció un *speech* sobre la importancia de la burguesía inglesa y sobre la deseable transformación de los gentilhombres campesinos rusos en *landlords* ingleses.

La condesa también contribuyó mucho al ennoblecimiento de las costumbres provinciales. Consideraba obligado encar-

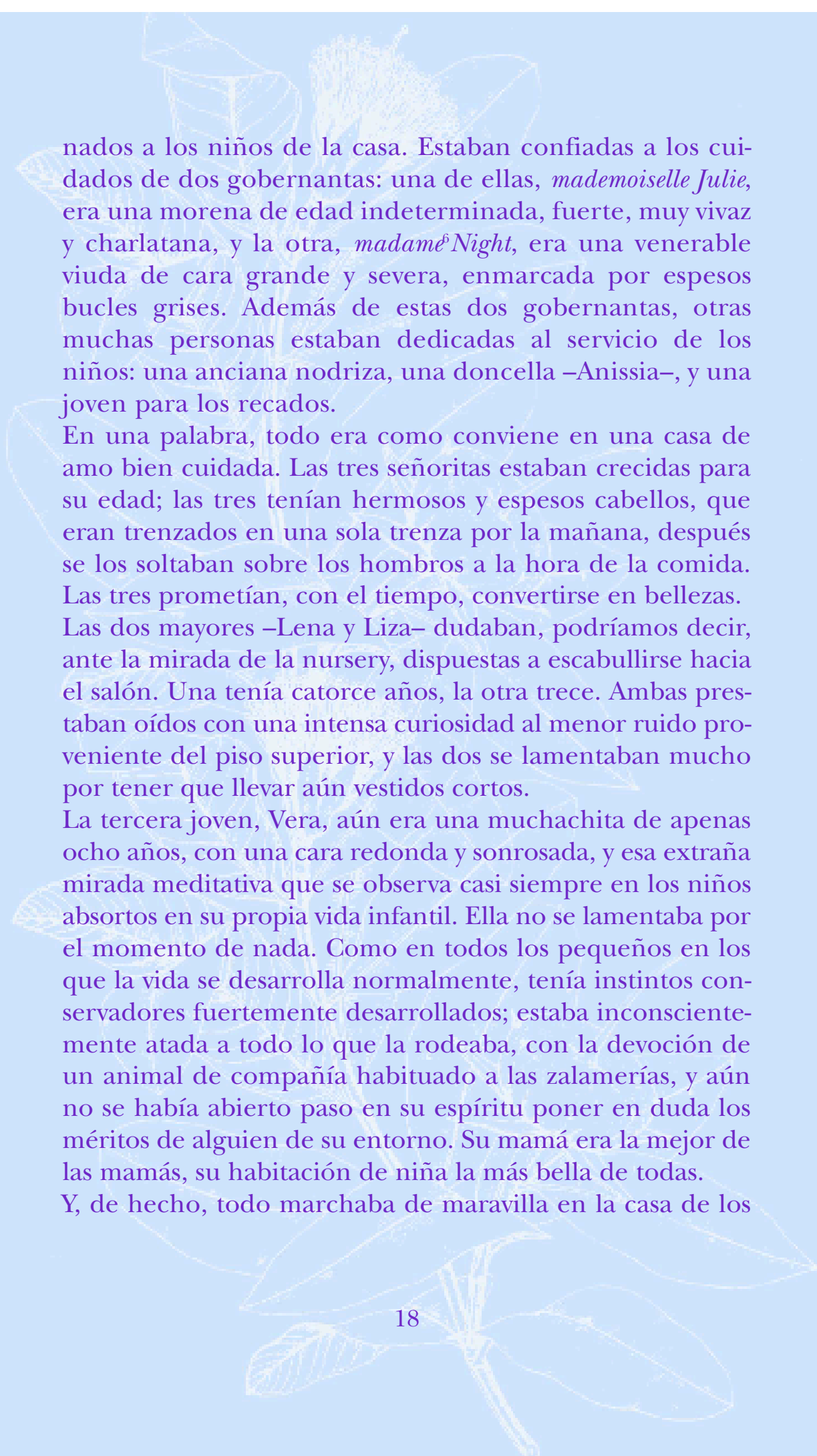
gar en Petersburgo objetos de tocador de alto precio. La casa de los Barantsov siempre estaba abierta a los invitados. La comida allí se servía tarde, como en la ciudad, y todo el mundo estaba obligado a acudir a la mesa bien vestido, según la costumbre inglesa. No sólo era vodka lo que acompañaba los entremeses, también corría el brandy.

La mansión de los Barantsov, un viejo y sólido edificio de muros de piedra de dos archinas⁵ de grosor, recordaba exteriormente una enorme caja cuadrada, en la cual, sabe Dios por qué, se adosaron en diferentes lugares extraños faroles y minúsculos balcones. Pertenece a ese estilo particular, aunque ningún manual de arquitectura lo mencionase todavía, al parecer, que podría llamarse “estilo de la servidumbre”. Tenía de todo en cantidad, no se había escatimado en los materiales, pero el resultado era vulgar y frustrante. Todo indicaba que aquella casa había sido construida en una época en la que la mano de obra era gratuita o que se contentaba con pocos medios. Los ladrillos estaban cocidos en el ladrillal de la propiedad, las planchas del parquet provenían de los árboles del bosque patrimonial, cortadas por los siervos. ¡Incluso el arquitecto que hizo los planos de la casa había sido un siervo!

La distribución interior de las piezas de la casa de los Barantsov era la de todas las casas señoriales de aquella época: los amos vivían en el piso, los hijos en la planta baja; la cocina y los domésticos ocupaban el sótano.

La condesa sólo bajaba al sótano por la Pascua, para intercambiar el beso pascual con toda la servidumbre; en las habitaciones de los niños, entraba a veces a echar un vistazo los días ordinarios, cuando se lo permitían sus ocupaciones, es decir cuando no tenía invitados o cuando ella misma no se disponía a salir lo que, por lo demás, era bastante raro.

Las tres hijas Barantsov crecían en los apartamentos desti-



nados a los niños de la casa. Estaban confiadas a los cuidados de dos gobernantas: una de ellas, *mademoiselle Julie*, era una morena de edad indeterminada, fuerte, muy vivaz y charlatana, y la otra, *madame Night*, era una venerable viuda de cara grande y severa, enmarcada por espesos bucles grises. Además de estas dos gobernantas, otras muchas personas estaban dedicadas al servicio de los niños: una anciana nodriza, una doncella –Anissia–, y una joven para los recados.

En una palabra, todo era como conviene en una casa de amo bien cuidada. Las tres señoritas estaban crecidas para su edad; las tres tenían hermosos y espesos cabellos, que eran trenzados en una sola trenza por la mañana, después se los soltaban sobre los hombros a la hora de la comida. Las tres prometían, con el tiempo, convertirse en bellezas. Las dos mayores –Lena y Liza– dudaban, podríamos decir, ante la mirada de la nursery, dispuestas a escabullirse hacia el salón. Una tenía catorce años, la otra trece. Ambas prestaban oídos con una intensa curiosidad al menor ruido proveniente del piso superior, y las dos se lamentaban mucho por tener que llevar aún vestidos cortos.

La tercera joven, Vera, aún era una muchachita de apenas ocho años, con una cara redonda y sonrosada, y esa extraña mirada meditativa que se observa casi siempre en los niños absortos en su propia vida infantil. Ella no se lamentaba por el momento de nada. Como en todos los pequeños en los que la vida se desarrolla normalmente, tenía instintos conservadores fuertemente desarrollados; estaba inconscientemente atada a todo lo que la rodeaba, con la devoción de un animal de compañía habituado a las zalamerías, y aún no se había abierto paso en su espíritu poner en duda los méritos de alguien de su entorno. Su mamá era la mejor de las mamás, su habitación de niña la más bella de todas.

Y, de hecho, todo marchaba de maravilla en la casa de los

Barantsov: cada cual conocía su lugar, todo el mundo vivía en paz y armonía, como ocurre siempre en una sociedad que tiene sólidos fundamentos y donde el individuo no se ve reducido a golpearse la cabeza contra las paredes para encontrar su camino.

El amor ocupaba un lugar significativo en los pensamientos, las conversaciones en voz baja y los sueños de los Barantsov, tanto en los de abajo como en los de la parte alta de la casa. ¿Qué otra cosa, en efecto, sino las alegrías y las penas del amor, podía de alguna manera venir a cortar el camino, derecho e igual como un lienzo, que se extendía ante las tres hermanas Barantsov? Por lo demás, su vida estaba trazada y determinada de antemano. Papá y mamá habían decidido que la propiedad de Mitino constituiría la dote de Lena, la de Stepino la de Liza, mientras que Borki recaería en la pequeña, Vera.

El conde y la condesa también sabían que a su hora, dentro de tres o cuatro años, un húsar o dragón se llevaría a Lena; después, algún tiempo después, otro húsar se llevaría a Liza. Entonces llegaría el turno de Vera. Los hijos ya no vivirían en Borki sino en otra casa, no sería Anissia quien les serviría de doncella sino otra, pero, aparte de esos pequeños cambios, cada una repetiría el destino de su madre, como ésta había repetido el destino de la abuela. Todo eso era tan simple y tan seguro, y ni qué decir tiene: era de una evidencia absoluta, exactamente como se sabe que hay que cenar cada día de la semana.

Pero esos cálculos justos e indudables fueron repentinamente interrumpidos por un acontecimiento inesperado, a decir verdad no completamente, pues se hablaba de él desde hacía una veintena de años y toda Rusia se preparaba para ello; pero como todos los grandes acontecimientos, cuando acabó consumándose, pareció ocurrir de improviso y coger a todo el mundo por sorpresa.